

XIII

MAXIMILIANO

El general Forey, hombre de edad proveya, completamente extraño á la política hasta que se encargó del mando de la expedición, militar ordenancista, pero poco fértil en recursos, se había visto metido de pronto en una empresa algo incompatible con su edad y con sus aptitudes. De ello eran prueba sus vacilaciones antes de emprender el ataque de Puebla, y posteriormente su perplejidad acerca de la resolución que debía tomar una vez dueño de la capital. Las instrucciones que había recibido del emperador le ordenaban consultar á la nación mejicana y proceder con arreglo al resultado de esta consulta; pero como Juárez, aunque proscrito de la capital, dominaba aún en la mayoría de las provincias, era imposible apelar al sufragio popular.

A falta de plebiscito, Forey, de acuerdo con Saligny, nombró una junta de gobierno compuesta de treinta y cinco individuos, la cual debería nombrar tres personas que se encargasen del poder ejecutivo, y asociarse además con doscientos quince notables cuya misión sería resolver sobre la forma definitiva del gobierno de Méjico. El 22 de junio se instaló la junta de gobierno, la cual eligió para que ejerciesen el poder ejecutivo á los generales Almonte y Salas y al arzobispo Labastida, y el 8 de julio se reunió la junta de notables nombrados por la de gobierno, y después de nombrar una comisión que redactase un dictamen, aprobáronse por unanimidad las siguientes proposiciones con que este dictamen terminaba:

- 1.^a La nación mejicana adopta por forma de gobierno la Monarquía moderada hereditaria, con un príncipe católico.
- 2.^a El soberano tomará el título de emperador de Méjico.
- 3.^a La corona imperial de Méjico se ofrece á S. A. I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.
- 4.^a En el caso de que por circunstancias imposibles de prever, el Archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, la nación mejicana se remite á la benevolencia de S. M. Napoleón III, emperador de los franceses, para que le indique otro príncipe católico.

Tomadas estas primeras disposiciones, el gobierno interino procuró atemorizar á los contrarios ó hacerles inofensivos con disposiciones extraordinariamente crueles. Un decreto de Forey, que en todo se dejaba guiar por Saligny, orde-

nó el embargo de los bienes de cuantos estaban en armas contra los franceses, y dispuso que cuantos formaran parte de una «banda de criminales armados» fuesen sometidos á un consejo de guerra y fusilados en el plazo de veinticuatro horas. El efecto de este rigor no correspondió de ninguna manera á lo que habían esperado los jefes franceses; en lugar de desanimar á los enemigos, los exasperó y enajenó al futuro emperador y á sus protectores aun á los mejicanos

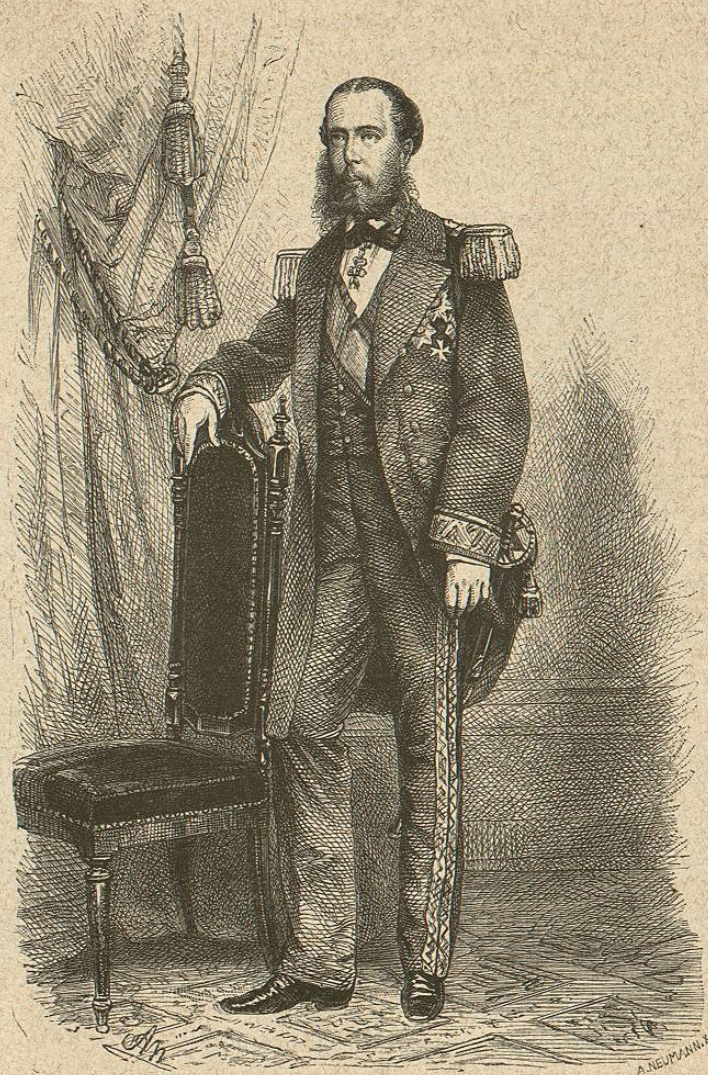


El general Bazaine

que hubieran podido ser atraídos á aceptar el nuevo régimen. No se le ocultó esto á Napoleón, que además empezaba á vacilar en sus proyectos monárquicos y había criticado duramente la convocación de la asamblea de notables hecha sin orden suya. La confianza que antes había tenido en Saligny y en su perfecto conocimiento de las cosas de Méjico, se cambió en el extremo opuesto, y su descontento alcanzó hasta á Forey, aun cuando el emperador le agració con el bastón de mariscal en recompensa de la toma de Puebla. Uno y otro fueron llamados á Francia y el sangriento decreto del 20 de junio fué revocado. Ocupó el puesto de Forey en 1.^o de octubre el general Bazaine, y á Saligny ni siquiera se le permitió esperar la llegada de su sucesor Montholón, sino que Bazaine recibió orden de embarcarse inmediatamente, aun en el caso de que renunciara al servicio del gobierno francés y quisiera quedarse en Méjico.

Entretanto, una diputación de la asamblea de notables había pasado á Europa para ofrecer la corona de Méjico al archiduque Maximiliano. Por grande que fuese la ambición de este príncipe, no dejó de conocer las infinitas dificultades que se le ofrecían si aceptaba. En primer lugar, el voto de los notables no le garantizaba el de la nación. La votación efectuada por un pequeño número cuidadosamente elegido de notables y hecha bajo la protección de las bayonetas francesas, no le permitía contar con fuerza moral; para esto era menester que fuese elegido libremente por toda la nación, si bien aun en este caso la presencia de tropas extranjeras daría á la elección el carácter de forzada. Por un eslabonamiento de circunstancias se veía forzado además á apoyarse, á pesar de sus opiniones bastante liberales, en el partido ultramontano principalmente, cuyas exigencias por otra parte eran tales, que de ningún modo era posible satisfacerlas, pues que desde luego quería, ante todo, anular la confiscación de los bienes de la Iglesia, lo que había de ser completamente imposible al gobierno en su situación de penuria. Ya en otoño de 1863 hubo con este motivo conflictos entre el arzobispo Labastida y sus colegas en el gobierno, que de acuerdo con Bazaine se opusieron á la pretensión del prelado, el cual finalmente se retiró del gobierno y excomulgó á los compradores de los bienes de la Iglesia. Era, pues, evidente que sin la mediación benévola del Papa, Maximiliano tendría que romper desde luego con los ultramontanos y que de todos modos no podía pasarse por mucho tiempo sin el apoyo del ejército francés para sostenerse en el trono. En segundo lugar era ineludible arreglarse definitivamente con la Francia respecto de sus reclamaciones de dinero y obtener la seguridad de que el nuevo Imperio encontraría en Europa el crédito necesario para hacer un empréstito, aunque fuese en condiciones onerosísimas.

Por lo mismo Maximiliano, al recibir en 3 de octubre de 1863 la diputación mejicana, puso por condición de la aceptación de la corona, no solamente el voto de toda la nación, sino también que se dieran garantías para la consolidación de su posición futura. Fácil fué cumplir la primera condición, porque en todas partes donde se presentaron las armas francesas, que en los meses siguientes llegaron hasta el Potosí, Guadalajara, Zacatecas, etc., la mayoría del pueblo se declaró á favor del Imperio y del archiduque austriaco. Más difícil fué recibir del Papa el prometido apoyo, pues fuera de la bendición del Padre Santo sólo consiguió Maximiliano en su visita de despedida á Roma la promesa de que le seguiría á Méjico un nuncio con poderes conciliadores. Napoleón finalmente se obligó, en un convenio que hizo el 12 de marzo de 1864 en París con Maximiliano, á reducir sólo gradualmente los treinta y ocho mil franceses que estaban en Méjico hasta veinticinco mil hombres, y dejar éstos allí, de donde los llamaría sólo á medida que se hallara organizado el ejército mejicano. También prometió Napoleón que la legión extranjera francesa de cinco mil hombres quedaría todavía seis años en Méjico al servicio de Maximiliano después de haber sido retirados de Méjico los demás franceses. Maximiliano por



EL EMPERADOR MAXIMILIANO

su parte se obligó á pagar doscientos setenta millones de francos por los gastos de la expedición francesa, calculados en esta suma, hasta 1.º de julio de 1864. Desde este día se convino en que Maximiliano pagaría mil francos anuales por cada hombre. Inmediatamente tuvo que pagar Maximiliano á cuenta de estas sumas sesenta y seis millones y luego veintiséis millones anuales. A fin de suministrarle los primeros recursos se hizo un empréstito de seis millones nominales de libras esterlinas al interés del 6 por 100, pero que sólo pudo ser colocado en Londres al tipo de 63 por 100.

Habiendo regresado el archiduque á Miramar después de estos arreglos, volvió á vacilar porque el emperador de Austria insistió en que renunciara á su derecho eventual hereditario, con lo cual se conformó Maximiliano á condición de que por medio de un acta secreta se declarase nula su renuncia en el caso de que tuviese que abdicar el trono de Méjico. El emperador Francisco José se resistió tenazmente á aceptar esta condición, ni pudieron nada las instancias personales de la archiduquesa Carlota, que á este efecto se trasladó súbitamente á Viena. Entretanto el general Frossard, á quien Napoleón había enviado á Miramar, instaba al archiduque para que recibiera la diputación, aceptara la corona y ratificara como emperador el convenio del 12 de marzo. Maximiliano, convencido ya de que no podía torcer la voluntad de su hermano, se conformó con la exigencia de éste, aunque con mucha repugnancia. Francisco José, acompañado de sus más próximos parientes y de algunos ministros, llegó á Miramar, donde fué firmada el acta de renuncia é inmediatamente después el convenio con Francia. El 10 de abril de 1864 recibió el nuevo emperador la diputación mejicana por segunda vez y le hizo saber definitivamente su aceptación de la corona. Cuatro días después embarcóse para su nueva patria en la fragata austriaca *Novara*, escoltada por la francesa *Themis*, como si Napoleón hubiera querido afirmar á los ojos de Europa y del mundo que la protección francesa jamás faltaría al augusto viajero. De paso desembarcó en Civitavecchia, visitó al Papa en Roma, donde pasó algunos días, y prosiguiendo su viaje llegó el 28 de mayo á Veracruz y el 12 de junio verificó su entrada en Méjico, donde fué recibido con tan marcadas demostraciones de júbilo que no parecía sino que había desaparecido todo rastro de las anteriores guerras.

Desde que tomó posesión de su elevado puesto, todo el afán de Maximiliano se dirigió visiblemente á granjearse la confianza del partido liberal. Colmó de honores y distinciones á los hombres que hasta entonces habían representado su causa, pero no gobernó con arreglo á sus planes, pues que reconoció la libertad de cultos, confirmó la venta de los bienes de la Iglesia, abolió la censura, estableció la milicia nacional y finalmente otorgó en 10 de abril de 1865 una Constitución. Esta política, sin embargo, no dió el resultado que esperaba. Militarmente prosperó el Imperio porque los franceses se apoderaron de una provincia tras otra obligando al fugitivo presidente Juárez á establecer su go-



LA EMPERATRIZ CARLOTA

bierno en Chihuahua en el extremo Norte. Napoleón recompensó al victorioso Bazaine en 5 de septiembre con el bastón de mariscal. Los triunfos de los franceses resultaron pasajeros, porque si bien sometían á las provincias más lejanas no las podían ocupar permanentemente y hasta la comunicación entre Méjico y Veracruz fué interrumpida por las fuerzas republicanas. Entonces se aconsejó á Maximiliano que declarase á estas fuerzas enemigas simples bandoleros, á lo cual se negó con razón; pero cuando el general Brincourt consiguió expulsar á Juárez de Chihuahua, quedándose este último sólo con la ciudad fronteriza del Paso, situada á orillas del río del Norte, Maximiliano se creyó autorizado para hacer saber en un bando del 3 de octubre de 1865 que el ex presidente había abandonado el territorio mejicano y que en adelante todos los que hicieran armas en su nombre serían sometidos como malhechores al consejo de guerra y fusilados en el término de veinticuatro horas. Esta amenaza fué realizada luego en las personas de los generales juaristas Arteaga y Salazar. Maximiliano mismo calificó de draconiana esta orden en una carta que escribió á Napoleón, pero decía que esperaba que produciría efecto. En realidad para producir efecto hubiera sido menester un ejército mucho más fuerte, mientras que la persecución sangrienta á que se había dejado inducir Maximiliano no hizo más que aumentar la exasperación de los juaristas.

Tampoco fué posible arreglar la situación administrativa de Méjico. La Hacienda se hallaba en un estado desesperado, y la administración sólo pudo continuar á favor de un nuevo empréstito que fué colocado á principios de 1865 en Francia con el auxilio del gobierno al tipo solamente de 54 por 100. Pero al año siguiente se halló el gobierno otra vez abocado á la bancarrota, y los escasos adelantos que facilitó Bazaine á fuerza de instancias no pudieron detener el fatal desenlace ni fueron aprobados en París.

Aparte de esto, se iban haciendo cada vez más tirantes las relaciones de Maximiliano con el partido ultramontano. El nuncio Meglia, en lugar de ejercer una intervención moderadora y conciliadora entre uno y otro, calificó públicamente al emperador de súbdito del Papa y publicó sin su autorización los decretos que recibía del Vaticano. Por otro lado, á pesar de las gracias y distinciones otorgadas á los liberales, tampoco logró Maximiliano formarse entre ellos un partido que le hubiera podido apoyar, de suerte que al fin acabó por hallarse en una situación insostenible.

Sus relaciones con los franceses se fueron también haciendo de día en día más difíciles, lo cual consistía en que era imposible la coexistencia de dos autoridades paralelas: por un lado Maximiliano y por otro Bazaine. Aquél ocupaba el primer puesto en el Imperio, pero no podía hacer uso de la principal prerrogativa del poder, porque incumbía al mariscal, no tan sólo mandar al cuerpo expedicionario, sino también al ejército mejicano unido al francés, y dictar todas las medidas militares que, según el éxito, podían consolidar ó poner en apurado trance al nuevo Estado. Si se hubiera preguntado al monarca cuáles

eran las fronteras de su Imperio, habría tenido que preguntárselo á Bazaine, dueño de ensanchar ó reducir el radio de ocupación y de fijar así los límites del Estado. Arbitro de la guerra, Bazaine lo era en parte de la Hacienda, pues todos los gastos que hacía el ejército los aplicaba en seguida al presupuesto mejicano. Hasta la administración civil estaba en manos de Francia, porque las más de las veces sólo existía amparándose de la fuerza pública, de la que el mariscal disponía exclusivamente.

Ya á principios de 1865 se notaron ciertos gérmenes de desavenencia entre Maximiliano y Bazaine, pues el primero criticó algunos reveses sufridos en sus operaciones por los franceses, y cuando poco después sus tropas evacuaron algunas plazas al Norte del Imperio, Maximiliano se quejó, calificó la medida de impolítica y dijo que el general en jefe había procedido con flojedad é inercia.

Bazaine, comprendiendo á su vez que el archiduque austriaco no lograba ganar terreno en el país, empezó á acariciar la idea de ponerse en su lugar, pues habiendo enviudado, contrajo segundas nupcias con una mejicana y creía que este enlace le facilitaría un partido. Hizo, pues, todo lo que pudo para dar disgustos á Maximiliano á fin de impulsarle á abdicar. Para este plan le estorbaban los legionarios austriacos y belgas que Maximiliano enganchó, y también le disgustó que el emperador encargara la organización del ejército mejicano, no al general francés Lheriller, sino al general austriaco Thun. Quiso crear un cuerpo de gendarmería y de ingenieros con cuadros franceses, pero Napoleón no lo permitió, porque en las Tullerías, y esto fué para Maximiliano mucho más funesto que los planes ambiciosos de Bazaine, se había efectuado un cambio completo de opiniones, debido sin duda principalmente á la convicción que se había apoderado de Napoleón de la impopularidad de la expedición mejicana. La Francia no había mostrado gran interés en los principios de esta empresa, pero tampoco había manifestado hostilidad, y en el fondo el país se prometía de ella gloria y botín á manera de las expediciones de China y de las luchas de Anam. Se creía que como éstas sería de corta duración la de Méjico, y en vista de la alianza con España é Inglaterra y de la situación difícil de los Estados Unidos, nadie temía ningún peligro serio. Cuando después los mejicanos se decidieron á la resistencia á todo trance, no hubo nadie en Francia durante algún tiempo que no insistiera en que se continuara la guerra, pero esto duró poco. Salvado el honor de Francia por el descalabro de Puebla, se aumentó la aversión contra una empresa que exigía más víctimas á causa del clima que por los combates. La oposición vió luego los muchos puntos de ataque que le ofrecía tal aventura, y no omitió ninguna ocasión de censurarla vivamente en los debates de la contestación al discurso de la corona, como al aprobar los recursos pedidos. Ya en enero de 1864 no ocultó la mayoría del cuerpo legislativo, en su contestación al discurso de la corona, que muchas personas en Francia pensaban con tristeza en los sacrificios y obligaciones que originaba la expedición y declaró que el país se alegraría de ver pronto los buenos resultados que esperaba el emperador.